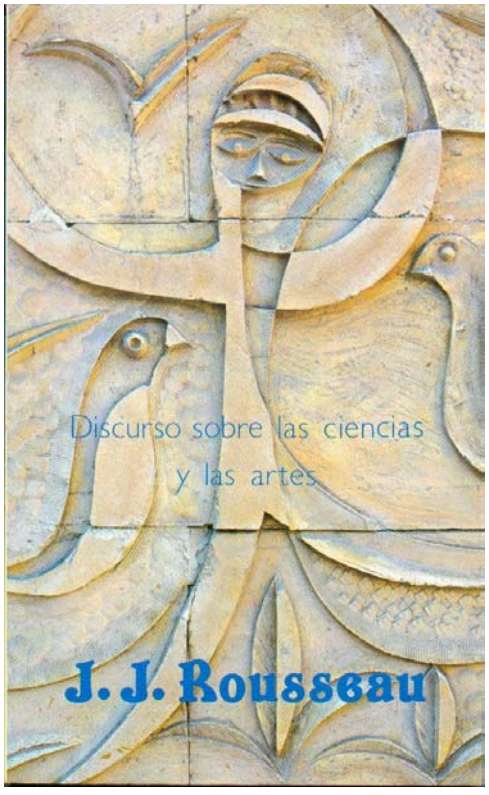
LIBRO dot.com

Discurso sobre las ciencias y las artes

J. J. Rousseau



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INTR ODUCCION

La celebridad de Rousseau data del Discurso *sobre las ciencias y las artes y si* hubo que esperar al Discurso *sobre el origen de la desigualdad* para que «el músico Rousseau» llegara a ser «el filósofo Rousseau», fue porque la representación del *Adivino del pueblo y* aún más la *Carta sobre la música francesa* pudieron hacer creer al público que la música ocupaba en su vida un lugar más importante que la filosofía[1]. Como es costumbre, se vieron más claros los hechos retrospectivamente y Rousseau logró hacer de «ese instante de extravío» que lo revelaba a sí mismo el origen de su gloria y de sus desgracias.

«Esta obra que ha merecido un premio y que me ha dado renombre es, como mucho, mediocre», escribirá más tarde como Advertencia; y precisará en el libro VIII de las *Confesiones.* «Esta obra, llena de calor y de fuerza, carece absolutamente de lógica y de orden; de todas las que han salido de mi pluma es la más endeble en cuanto a razonamiento y la más pobre en cuanto a cifra y armonía.» juicio que únicamente nos parecerá severo si incluimos en este Discurso todo lo que no hay y que Rousseau explicitará más tarde. La Academia de Dijon había intentado rejuvenecer una antigua discusión haciendo entrar en ella un elemento de la mitología de las Luces, el «restablecimiento de las ciencias y de las artes» después de la noche de la Edad Media. Quizá esperaba un elogio a Francisco I, a Enrique IV o a Luis el Grande. Pero Rousseau, que prefiere a Licurgo y a Fabricio, abandona deliberadamente el contexto histórico impuesto por la pregunta y vuelve a la oposición clásica entre la ciencia y la virtud. Los Padres de la Iglesia habían discutido largamente acerca de las letras paganas y de la virtud cristiana; San Agustín en particular se había reiterado en numerosas ocasiones y había dedicado al tema los cuatro libros de *De* doctrina cristiana. El siglo XVI había continuado la discusión exaltando la piedad en perjuicio de las letras antiguas o de la escolástica medieval. Entonces no era una paradoja el preferir la sencillez evangélica a los prestigios de una vana curiosidad intelectual, el recordar, de acuerdo con Rebeláis, que «ciencia sin conciencia no es sino ruina del alma», el denunciar junto a Montaigne -muy utilizado por Rousseau- y a Agrippa de Nettesheim -al que pronto descubrirá- la incertidumbre, la vanidad y el peligro moral que constituyen los conocimientos ilusorios. Pero la revolución cartesiana, el desarrollo de las técnicas, los progresos del lujo y del confort habían deslumbrado suficientemente los espíritus como para que la antigua desconfianza cristiana y escéptica apareciera como una paradoja insostenible.

En el fondo del problema, Rousseau no se distingue por el rigor del análisis o del razonamiento. Las «pruebas» históricas se asestan con más vigor que precisión o respeto hacia los hechos. Las «artes» están condenadas tanto más duramente cuanto que la misma palabra designa indistintamente los artificios del protocolo mundano, las técnicas que proporcionan lujo o molicie y las bellas artes que prefieren lo bonito a lo sublime. Una incertidumbre todavía más grave oculta el origen de nuestras desgracias: ¿Hay que creer que, en «la sencillez de los primeros tiempos», los hombres eran «inocentes y virtuosos» y que se corrompieron por las ciencias y las artes? ¿O hay que admitir, por el contrario, que «los hombres son perversos» y que «las ciencias y las artes deben (...) su nacimiento a nuestros vicios»? La nostalgia de los orígenes acompaña normalmente al desprecio del mundo y Rousseau sueña con la época de las cabañas como Pascal con la Iglesia primitiva; pero su sistema todavía no está constituido. Por mucho que haya dicho más tarde, en particular en la carta dirigida a Malesherbes y fechada el

[1] *En la Cronología encontrará el lector los datos históricos de esta obra*

12 de enero de 1762 o en el segundo Diálogo, la iluminación de Vincennes no le reveló una interpretación completa de la naturaleza del hombre y de la sociedad, como no le obligó a transformarse en «autor casi a pesar (suyo)».

Sin embargo, su pensamiento ya había tomado su orientación fundamental. Si condena las ciencias y las artes, no es porque nos alejan de Dios -rigurosamente ausente de este texto ni porque perjudican a la sabiduría individual, sino porque destruyen la comunidad humana. La palabra «virtud» no tiene aquí más que un sentido: la entera devoción del hombre hacia sus semejantes, del ciudadano hacia su patria. Las demás cualidades morales no son sino condiciones o consecuencias. De ahí ese elogio sorprendente a las virtudes guerreras, que el filósofo admira cuando se trata del soldado ciudadano. De ahí, sobre todo, esa condena global de una sociedad basada en la competencia, en el lujo, en el dinero: «¿Qué será de la virtud cuando sea necesario enriquecerse a cualquier precio?». Acerca de los hombres primitivos, Rousseau diría lo que se decía de los primeros cristianos: mirad cómo se quieren.

Pero esta nostalgia no tiene nada de cristiana, ni siquiera de religiosa. Rousseau basa su condena en la imagen heroica del orgullo republicano que él mismo se ha formado en su juventud, en primer lugar. El *Discurso* introduce a los héroes de su mitología personal, los *Hombres Ilustres* de Plutarco, el Tácito que había visto sobre el banco de su padre, la Esparta de Licurgo, que volverá a evocar en el *Noveno Paseo* algunos meses antes de su muerte, la República de Ginebra, tanto más idealizada cuanto que la ha abandonado hace veinte años y de la que se dice ciudadano, cuando ha perdido el derecho de serlo por su conversión al catolicismo. Este orgullo republicano, que el *Mercurio y* las *Memorias de Trévoux* advertirán con malicia, «este gusto heroico y romántico», como lo llama en la carta a Malesherbes, fue objeto de un intento de corrección por parte de Rousseau, bajo la influencia de la señora de Warens. La *Epístola a Parizot,* en 1742, había abjurado solemnemente y «para siempre estas máximas feroces» e incluso celebrado todos los placeres del buen gusto, los encantos de las bellas artes.

En vano. Rousseau sabía ya que no sería feliz en esta sociedad a la cual intentaba adaptarse. Los acontecimientos no podían dejar de justificar su miedo.

Las obras autobiográficas nos permiten comprender por qué era inevitable este fracaso. La timidez, la lentitud y la torpeza de sus reacciones, que lo hacen poco apto para representar un papel en una sociedad brillante y espiritual, torturan a Rousseau perpetuamente. Y, sobre todo, depende de la mirada del prójimo, necesita que lo aprueben siempre y que lo comprendan y cree que esto nunca ocurre. Incapaz de ser él mismo, siempre víctima de la «falsa vergüenza» y maldiciéndose por ello, vive inmerso en la tensión y en la ansiedad. Consciente de su «singularidad» que, sin embargo, nunca se atreve a pregonar, se siente solo y, por qué no, amenazado. Todo esto explotará más tarde el día grande de su ruptura con los «filósofos» y de los análisis de las *Confesiones;* pero todo esto aparece ya en el verso de Ovidio que sirve de epígrafe al *Discurso:* «Para ellos soy un bárbaro porque no me comprenden.»

Y todo el *Discurso* se ve animado por esta inquietud y por este resentimiento. «Amargado por las injusticias que había experimentado», dice además la carta a Malesherbes, «por aquellas de las que había sido testigo, afligido con frecuencia por el desorden al que me habían arrastrado el ejemplo y la fuerza de las cosas, he llegado a despreciar mi siglo y a mis contemporáneos». Se trata de una reconstitución a posteriori y el Discurso no demuestra todavía ese «desprecio». Demuestra ya, sin embargo, un sufrimiento ante la opacidad de los demás: «Qué dulce sería el vivir entre nosotros si la continencia fuera siempre imagen de las disposiciones del corazón.» Si Rousseau odia la buena educación es porque ésta destruye la transparencia mutua y le impide realizarse a sí mismo: «Ya nadie se atreve a parecer lo que es (...). Por lo tanto, nunca sabremos muy bien con quién nos enfrentamos.» De la incertidumbre al miedo, el paso ya está dado. Por qué presciencia, por qué desazón irreprimible Rousseau

escribe ya, mucho antes del «complot»: «Es cierto que entre nosotros Sócrates no habría bebido la cicuta; pero habría bebido en una copa más amarga, la burla insultante y el desprecio, cien veces peor que la muerte.» Acaso piensa en él mismo, bastante ingenuamente, cuando condena «la desigualdad funesta introducida entre los hombres por la distinción de los talentos y por el envilecimiento de las virtudes» -única desigualdad que se menciona en la obra-; cuando añade: «Las recompensas se prodigan a los espíritus brillantes y la virtud queda sin honores.» Más seguro de su virtud que de su talento, Rousseau sueña con ser galardonado: «El sabio no corre detrás de la fortuna; pero no es insensible a la gloria.» Lo ideal sería que la sociedad le hiciera un sitio de honor en su seno y respetara sus rarezas y lo ensalzara por haberla condenado.

Ahora bien, esta sociedad que el librito abofeteaba estaba bastante contenta de sí misma. Sin duda no estaba compuesta únicamente por señores insolentes y por aventureros de caminos reales, por ricos deshonestos y por hombres de letras celosos. La burguesía laboriosa, ávida de confort y de poder, podía juzgar que había demasiada comedia en todo ese asunto. Había elaborado una mitología reconfortante, a base de liberalismo, tolerancia, justicia abstracta, progreso, cosmopolitismo, hombres de negocios escrupulosos y activos, bienestar general y desarrollo de las luces. La insolencia de los grandes, el arbitrio real y el despotismo eclesiástico eran ya anacronismos y el sol de la felicidad burguesa clareaba en el horizonte. Rousseau llegaba escoltado por Licurgo y Fabricio, por los Escitas y por los Germanos, por aquellos que mueren por la patria y queman las bibliotecas. Exaltaba a los campesinos, esos últimos «ciudadanos (...) dispersos en nuestros campos abandonados (donde) mueren, indigentes y despreciados». Llamaba a los hombres al «sentimiento de la libertad original para la que parecían haber nacido», y denunciaba que las ciencias y las artes «cubren con guirnaldas de flores las cadenas (...) que los agobian (...), los hacen amar su esclavitud y los transforman en lo que se ha dado en llamar pueblos civilizados». Ya no se trataba de extender el comercio, sino «de conquistar el mundo y hacer reinar la virtud en él». Mitología contra mitología, puede ser; pero la mitología de Rousseau es la de la Revolución.

Es lo que aparece cada vez más claramente en la discusión, bastante confusa, que siguió al éxito inesperado del Discurso sobre las *ciencias y las artes*. En todos los aspectos, este éxito fue una liberación «bárbaro» Rousseaú. La sociedad reconocía al «bárbaro» y lo reconocía como tal. En medio de ella, de ahora en adelante, su personaje fijado: debía ser el hombre que escribió ese libro. Por lo tanto, emprendió su «reforma», vendió su reloj, abandonó su puesto con Francueil y se puso a copiar música. Al quedarse en el mundo, lo rechazaba; la gente iba en masa a ver al solitario. Una frase del libro VIII de las *Confesiones* muestra hasta qué punto la ascesis era una facilidad peligrosa: «Afectaba despreciar la buena educación que no sabía practicar.» Este desprecio de la opinión necesita, sin embargo, la aprobación de la opinión: testigo de esto es el prefacio de *Nar*ciso, que justifica detalladamente al autor del Discurso por haber representado una comedia, antes de concluir que no tiene por qué justificarse sino ante sí mismo.

Puesto que hay un bárbaro, Rousseau puede responder como tal a sus oponentes; como un bárbaro que, no obstante, sabe lo que son las conveniencias: no emplea el mismo tono para el rey Stanislas que para el oscuro canónigo Gautier. Pero finalmente la frase se hace más breve, la sentencia más aforística y más estoica. Más negro también el retrato de la sociedad contemporánea:

> No acuso a los hombres de este siglo de tener todos los vicios; no tienen más que los de las almas cobardes; son sólo pícaros y bribones. En cuanto a los vicios que suponen valor y firmeza, los creo incapaces de ellos.

Con estos hombres que, según la *Ultima Respuesta,* «viven entre ellos como los leones y los osos, como los tigres y los cocodrilos», «no hay que elaborar el quimérico proyecto de hacer de ellos personas honradas». La sociedad está pervertida hasta tal punto que ya no hay esperanza de corregirla y Rousseau llega a justificar el teatro, en el prefacio de *Narciso,* de la siguiente manera:

> Ya no se trata de conducir a los pueblos a hacer el bien, únicamente hay que distraerlos de hacer el mal; hay que ocuparlos con necedades para desviarlos de las malas acciones (...). Me contentaría con tener todos los días una obra que hacer silbar, si a este precio pudiera contener durante dos horas los malos propósitos de un solo espectador y salvar el honor de la hija o de la mujer de su amigo, el secreto de su confidente o la fortuna de su acreedor.

Aquí se excedió un poco, como Grimm tuvo que observar, y se comprende que este prefacio haya perjudicado a Rousseau y le haya «estropeado su triunfo».

Sin embargo, a medida que se desarrolla la controversia, el pensamiento de Rousseau se completa. La *Carta a Raynal* atribuye todavía el «primer grado de la decadencia de las costumbres al primer momento de la cultura de las Letras», pero acentúa el maniqueísmo revolucionario, con oposiciones terminológicas que merecen atención:

> Sé de antemano que me atacarán con grandes palabras. Luces, conocimientos, leyes, moral, razón, decoro, miramientos, dulzura, amenidad, urbanidad, educación, etc. A todo esto responderé únicamente con dos palabras que suenan en mi oído con mucha más fuerza. ¡Virtud, Verdad!, exclamé sin cesar; ¡verdad, virtud!

La respuesta a Stanislas es interesante porque muestra cómo conocía Rousseau la tradición cristiana que exalta la sencillez evangélica al condenar las ciencias profanas y las letras paganas; acaba de leer el *De vanitate et incertitudine scientiarum* de Agripa de Nettesheim y su conclusión es digna de un representante del evangelismo del siglo XVI: «La Ciencia se extiende y la Fe se destruye (...); todos hemos llegado a ser Doctores y hemos dejado de ser Cristianos.» Pero si ha aceptado seguir a Stanislas por ese camino, por contra, Rousseau no piensa como cristiano; lo importante, por el contrario, es que por vez primera precisa el mecanismo puramente social de la perversión del hombre:

> He aquí la manera en que arreglaría yo esta genealogía. La primera fuente del mal es la desigualdad; de la desigualdad han nacido las riquezas, porque las palabras pobre y rico son relativas y dondequiera que los hombres sean iguales no habrá ricos ni pobres. De las riquezas han nacido el lujo y la ociosidad; del lujo han salido las bellas artes, y de la ociosidad las ciencias.

Rousseau corregirá y completará esta genealogía; pero, desde este momento, la desigualdad representará un papel fundamental.

De paso, Rousseau se había deshecho demasiado deprisa de una objeción presentada por D'Alembert en el *Discurso preliminar* de la Enciclopedia y que tendía a sugerir otras causas, geográficas, políticas, históricas, para la moralidad o la inmoralidad, quizá porque esta explicación le justificaba personalmente a él. Acababa de llevar a su tercer hijo a la Inclusa, no se encontraba muy satisfecho de ello, pero ahora podía responder a los reproches de la señora de Francueil: «Es el estado de los ricos, vuestro estado, el que roba al mío el pan de mis hijos.» Explicación que no se le había ocurrido en el caso de los dos primeros.

La *Ultima Respuesta* va más lejos todavía al rechazar vehementemente la idea de la corrupción natural del hombre, como la idea cristiana del pecado original, y al denunciar la propiedad como fuente de la desigualdad y de todos los vicios:

> Antes de que las horribles palabras *tuyo y mío* se inventaran; antes de que existiera esa especie de hombres crueles y brutales que se llaman amos y esa otra especie de hombres bribones y mentirosos que se llaman esclavos; antes de que existieran hombres lo bastante abominables para atreverse a poseer lo superfluo mientras otros mueren de hambre; antes de que la dependencia mutua les forzara a ser unos bribones, celosos y traidores; me gustaría que alguien me explicara en qué podían consistir esos vicios, esos crímenes que se les reprocha con tanto énfasis.

Por otra parte, Rousseau nunca había dejado discurrir tan libremente una elocuencia violenta y apasionada, una elocuencia que es verdaderamente la suya, como en esta última obra, donde no lo reprime ninguna coacción académica o de decoro y que Grimm consideraba «igual e incluso superior a su discurso». Con la misma violencia, las mismas afirmaciones generales y tajantes que no han de soportar matices ni contradicciones, el prefacio de Narciso resume y precisa un pensamiento que cada vez está más claro:

> ¡Qué extraña y funesta constitución, donde las riquezas acumuladas facilitan siempre los medios para acumular más y donde es imposible que el que no tiene nada adquiera algo; donde el hombre de bien no tiene miedo alguno para salir de la pobreza; donde los más bribones son los más honrados y donde es necesario renunciar a la virtud para llegar a ser un hombre honesto! Ya sé que los declamadores han dicho esto más de cien veces; pero lo decían declamando y yo lo digo basándome en razones; han visto el mal y soy yo quien descubre la causa; y hago ver, sobre todo, algo muy consolador y muy útil al mostrar que todos nuestros vicios no pertenecen tanto al hombre como al hombre mal gobernado.

Y Rousseau añade en una nota:

> Entre los Salvajes, el interés personal habla con tanta fuerza como entre nosotros, pero no dice las mismas cosas: el amor de la sociedad y el cuidado de su defensa común son los únicos lazos que los unen: la palabra propiedad, que cuesta tantos crímenes a nuestros hombres honestos, casi no tiene sentido entre ellos: entre ellos no tienen discusiones de intereses que los dividan; nada que los lleve a engañarse mutuamente; la estima pública es el único bien al que aspira cada cual y que todos merecen (...). Lo digo con pesar; el hombre de bien es aquel que no necesita engañar a nadie y el salvaje es este hombre.

Ahora Rousseau es consciente de su pensamiento, pero también de su originalidad y de su misión. «Creo haber descubierto grandes cosas y las he dicho con una franqueza bastante peligrosa», escribe en el prefacio de una segunda carta a Bordes. Su personaje está fijado: «Un Ser aislado que no desea ni teme nada de nadie, que habla a los demás para ellos y no para el mismo (...), un hombre que ama demasiado a sus hermanos para no odiar sus vicios.» Poseedor «de un sistema verdadero pero afligente», «convencido de que se trata del de la verdad y la virtud, y que es por haberlo abandonado a despropósito por lo que la mayoría de los hombres (se encuentran) degenerados de su bondad primitiva», se imagina incluso haberlo concebido por entero desde el primer momento y haber disimulado su coherencia por afán metodológico:

«No he querido decirlo todo para hacer comprender todo. Sucesivamente sólo y para pocos lectores siempre, he desarrollado mis ideas. No me he dado yo a pequeñas dosis, sino que de esta manera he dejado la verdad, para hacerla asimilar con más seguridad y para hacerla útil.» La imagen del pedagogo del género humano, del profeta de la verdad, iluminado por la luz súbita de la Revelación, está ya constituida.

Más aún que el *Discurso sobre las ciencias y las artes,* pues, la controversia, que ha suscitado ha dado a Rousseau ocasión de fijar las bases de su pensamiento. Sin embargo, algunos puntos quedan oscuros. El hombre es bueno por naturaleza; la sociedad, basada en la propiedad y en la desigualdad, es la causa de todos los vicios, los cuales nacen de la dependencia recíproca del amo y del esclavo. Pero no se sabe todavía qué es el estado natural: ¿la edad de las «cabañas», los Salvajes, Lacedemonia? De todas formas, según parece, una manera primitiva de sociedad. Tampoco se sabe lo que es la bondad ni la virtud. Como lazo de la sociedad primitiva, la virtud no excluye el interés personal entre los Salvajes. Se encuentra del lado de la *verdad,* pero, curiosamente, se opone a las *leyes,* a la *moral,* a la *razón.* Parece deberse más a la falta de ocasión que al esfuerzo de la voluntad: «El hombre de bien es aquel que *no necesita* engañar a nadie»; y es competencia del «gobierno» el apartar las ocasiones. Por otra parte, ¿cómo distinguir «el hombre» del «hombre (bien o) mal gobernado»? Finalmente, ¿cómo han degenerado los hombres desde «su bondad primitiva»? El *Discurso sobre el origen de la desigualdad* proporcionará respuestas a todas estas preguntas. Pero Rousseau ha hecho su descubrimiento más importante: se ha encontrado a sí mismo.

CRONOLOGIA

I. Antes de los Discursos

1712. Jean Jacques Rousseau nace en Ginebra (28 de junio). Hijo de Isaac Rousseau, relojero, y de Suzanne Bernard. La madre muere el 7 de julio.
1722. Isaac Rousseau debe abandonar Ginebra a raíz de una pelea (11 de octubre). Jean Jacques es recibido como interno en casa del pastor Lambercier, en Bossey.
1724. Jean-Jacques vuelve a Ginebra y se le recibe como aprendiz de un escribano forense.
1725. Entra como aprendiz de Du Commun, maestro grabador.
1728. Al volver de un paseo encuentra cerradas las puertas de la ciudad. Decide entonces abandonar Ginebra (14 de marzo). Es recogido por la señora de Warens (21 de marzo) y conducido a Turín, donde se le convierte al catolicismo. Se emplea como lacayo y posteriormente como secretario del abad de Gouvon.
1729 Es despedido y vuelve con la señora de Warens, en Annecy.
1730. Viajes. En Lausana (julio) se hace pasar por músico y organiza un concierto. Se instala luego en Neuchátel y da lecciones de música.
1731. Viajes. Primera estancia en París. En septiembre vuelve a encontrar a la señora de Warens en Chambéry.
1732
1739 Salvo para efectuar viajes cortos, Rousseau no se aleja de la señora de Warens.
1740 Rousseau se instala en Lyon en calidad de preceptor de los dos hijos del señor de Mably.
1741. Vuelta a las Charmettes, dónde se habían trasladado en 1772.
1742. Salida hacia París. El 22 de agosto, y ante la Academia de las Ciencias, lee un *Proyecto acerca de nuevos signos para la música.*

Librodot

1743. Rousseau conoce a la señora de Dupin y traba amistad con su yerno, Francueil. En junio se emplea como secretario del conde de Montaigu, nombrado embajador en Venecia, y marcha con él en julio.
1744. Rousseau discute con Montaigu y vuelve a París.
1745. Comienza la relación con Thérèse Levasseur. Rousseau hace representar *Las Musas Galantes y* corrige *Las Fiestas de Ramiro,* ópera de Voltaire y Rameau. Frecuenta a Diderot y a Condillac.
1746
1748. Rousseau trabaja como secretario de la señora Dupin. Pasa un tiempo en Chenonceaux con ella y compone pequeñas obras de teatro. Le nacen dos hijos (1746 y ¿1748?), a los que lleva a la Inclusa.

II. Período de los *Discursos*

1749. (Enero-marzo): Rousseau prepara los artículos sobre la música que debe entregar a la *Enciclopedia.*
(24 de julio): Diderot es detenido y conducido al castillo de Vincennes. (Octubre): Rousseau va a visitar a Diderot. Va leyendo el *Mercurio,* y en él descubre la pregunta del concurso propuesta por la Academia de Dijon para el premio de moral de 1750: *Si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuido a depurar las costumbres.* «En el mismo instante de leer esto vi otro universo y me transformé en otro hombre.» *(Confesiones,* 1. VIII.) «Una palpitación violenta me oprime, hincha mi pecho; ya no puedo respirar al andar y me dejo caer bajo uno de los árboles de la avenida (...); al levantarme vi que toda la parte delantera de mi chaqueta se encontraba mojada de lágrimas, sin haber sentido que las derramaba.» (Segunda *carta a Malesherbes.)* Rousseau escribe inmediatamente

Reseña del *Discurso* en el *Mercurio.*

La Academia francesa saca a concurso el tema: «El amor a las letras inspira el amor a la virtud».
(Febrero): Reseña del *Discurso* en las *Memorias de Trévoux.*
(Febrero-marzo): Rousseau abandona a Francueil y decide ganarse la vida como copista de música.
(20 de abril): Rousseau, que acaba de llevar a su tercer hijo a la Inclusa, se justifica en una carta dirigida a la señora de Francueil.
(Junio): Publicación en el *Mercurio* de *las Observaciones* sobre el *Discurso* (sin duda, por Raynal) y de la *Carta a Raynal* con la que Rousseau responde a las *Observaciones.*
(25 de agosto): El abad J. J. Courtois, profesor de retórica en Dijon, gana el premio de la Academia francesa. Lectura solemne de su discurso, que será publicado en octubre.
(Septiembre): Publicación en el *Mercurio,* bajo anonimato, de la refutación al *Discurso* por Stanislas Leczinski, rey de Polonia.
(Octubre): Publicación de *las Observaciones* con las que Rousseau responde al rey de Polonia respetando su anonimato.
Publicación en el *Mercurio* de la refutación al *Discurso* por el canónigo Gautier, miembro de la Academia de Nancy. (Noviembre): Rousseau publica una Carta al señor Grimm sobre la refutación a su discurso por el señor Gautier. (Diciembre): Publicación en el Mercurio del Discurso sobre las ventajas de las ciencias y de las

Librodot

artes, pronunciado el *22* de junio ante la Academia de Lyon por Bordes, antiguo amigo de Rousseau.

1752. (Abril): Publicación de la Última respuesta de J.-J. Rousseau de Ginebra, respuesta al discurso de Bordes. (Abril-mayo): Publicación de la Carta de j.-J. Rousseau de Ginebra sobre una nueva refutación a su discurso (por C. N. Le Cat, secretario perpetuo de la Academia de las Ciencias de Rouen, que se había hecho pasar, en su refutación, por un académico de Dijon).

(Primavera-verano): Rousseau compone *El* adivino del pueblo.

(18 de octubre): *El* adivino es representado en Fontainebleau ante el rey, con gran éxito. Rousseau se niega a ser presentado al rey, que deseaba otorgarle una pensión. Diderot reprocha a Rousseau su actitud (Confesiones, *1.* VIII).

(18 de diciembre): Representación, en el Teatro Francés, de Narciso o el amante de sí mismo, comedia escrita por Rousseau en su juventud. La obra fracasa.

1753. (Primavera): Publicación de Narciso, con un Prefacio en el que Rousseau ataca violentamente a la sociedad contemporánea y se justifica por haber escrito para el teatro.

(Septiembre): Publicación de una respuesta de Bordes a la respuesta de Rousseau, que proyecta una Segunda carta a Bordes, de la cual sólo queda el prefacio.

(Noviembre): Publicación en el Mercurio del tema propuesto para concurso por la Academia de Dijon para el premio de *1754:* Cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres y si está autorizada por la ley natural. «Chocado por esta importante pregunta, me sorprendió que esta Academia se atreviera a proponerla; pero, puesto que se había mostrado tan valiente, yo podía hacer lo mismo y tratar el tema, y lo abordé» (Confesiones, *1.* VIII). Para meditar, Rousseau se va a pasar ocho días a Saint-Germain, donde pasea por el bosque.

(Finales de noviembre-principios de diciembre): Después de la publicación de la Carta sobre la música francesa, donde se mostraba vivamente partidario de la música italiana, la efigie de Rousseau es ahorcada por la orquesta de la Opera.

1754. (primavera): Rousseau redacta el Discurso sobre el origen de la desigualdad.

(1 de junio): Parte hacia Ginebra con Thérèse y va a ver a la señora de Warens a Chambéry.

(12 de junio): Fecha en Chambéry, Saboya, la Dedicatoria a la República de Ginebra del Discurso sobre el origen de la desigualdad, cuya lectura la Academia de Dijon ni siquiera había querido terminar.

(1 de agosto): Al llegar a Ginebra, a finales de junio, se reintegra a Rousseau en la Iglesia de Ginebra y en sus derechos de ciudadano.

(Octubre): A pesar de ciertas veleidades de instalarse en Ginebra, Rousseau vuelve a París. El *Discurso* se imprime en Amsterdam (M. M. Rey).

1755. (24 de abril): Se ha terminado la impresión del *Discurso sobre el origen de la desigualdad.*

(Junio): Rousseau hace remitir un ejemplar al Consejo de Ginebra. Consigue la autorización de Malesherbes para introducir el libro en Francia. (Agosto): Llegan a París mil setecientos ejemplares, que son puestos a la venta en Pissot.

(30 de agosto): Carta de Voltaire a Rousseau: «Señor mío, he recibido vuestro nuevo libro contra el género humano (...). Nunca se había empleado tanto ingenio en querer volvernos tontos; al leer vuestra obra dan ganas de andar a cuatro patas...» La reacción de Voltaire ha sido, de hecho, mucho más violenta, como testimonian las anotaciones al margen de su ejemplar del *Discurso,* en particular al principio de la segunda parte.

(10 de septiembre): Respuesta de Rousseau: no pretende devolver al hombre al estado animal, y Voltaire no lo conseguiría jamás.
(Octubre): Publicación en el *Mercurio* de la *Carta de Filópolis, ciudadano de Ginebra,* por el naturalista y filósofo ginebrino Charles Bonnet. Rousseau confecciona en seguida una respuesta.

III. Después de los *Discursos*

1756. (9 de abril): Rousseau se instala en el Ermitage, en el coto de la señora de Epinay, en Montmorency.
(Verano): Casi sin darse cuenta, Rousseau empieza a escribir *La nueva Eloísa.*

1757. (Marzo): Primera disputa con Diderot. De incidente en incidente, la lucha entre Rousseau y los enciclopedistas va a agravarse en el transcurso del año.
(Primavera): Comienzos de la pasión de Rousseau por la señora de Houdetot. (10 de diciembre): La señora de Epinay echa del Ermitage a Rousseau. Este va a instalarse al jardín de Montlouis, también en Montmorency. Recibe el tomo VII de la *Enciclopedia* y decide responder al artículo «Ginebra», redactado por D'Alembert bajo los consejos de Voltaire.

1758. (9 de marzo): Rousseau termina de escribir la *Carta a D'Alembert sobre los espectáculos.*
(6 de mayo): Ruptura con la señora de Houdetot.
(Junio): Ruptura definitiva con Diderot.

1759. Todavía en Montmorency, Rousseau trabaja en la composición del *Emilio.*

1760. Rousseau trabaja en la composición del *Emilio* y del *Contrato social.*

1761. (Enero): *La nueva Eloisa* se vende en París con gran éxito.
(Octubre): El *Emilio* empieza a imprimirse en París.
(Noviembre): Rousseau envía a M. M. Rey el manuscrito del *Contrato social,* que va a ser impreso en Amsterdam.

1762. (Enero): Rousseau, que ha pasado por una crisis depresiva grave a finales de 1761, escribe a Malesherbes cuatro cartas autobiográficas para justificarse. (Finales de mayo-junio): El *Emilio* se pone a la venta; es condenado y quemado por el Parlamento de París. Rousseau, bajo orden de busca y captura, huye el *11* de junio. Entre tanto se prohíbe en Francia el *Contrato social* y es quemado en Ginebra junto al *Emilio.*
(10 de julio): Rousseau, expulsado de Yverdon, donde había llegado el 14 de junio, se refugia en Mótiers-Travers, que depende del rey de Prusia, el cual le otorga protección.
(28 de agosto): Publicación de la carta pastoral del arzobispo de París, Christophe de Beaumont, por là que condena el *Emilio.* Rousseau prepara una respuesta, la *Carta a Christophe de Beaumont,* que terminará el 18 de noviembre. 1763. Rousseau consigue la ciudadanía en Neuchâtel (16 de abril) y renuncia ala burguesía de Ginebra (12 de mayo).

1764. Rousseau escribe las *Cartas escritas de la montaña,* en respuesta a las *Cartas escritas del campo,* de Tronchin. Publicación del *Sentir de los ciudadanos* (27 de diciembre), donde se denuncia a Rousseau por el abandono de sus hijos. Rousseau atribuye este panfleto de Voltaire al pastor Vernes. Decide escribir sus *Confesiones.*

1765. Es molestado y lapidado en Môtiers; se refugia en la isla de Saint-Pierre, en el lago de Bienne (julio y septiembre).
Expulsado por el Consejo Bajo de Berna, decide marchar a Inglaterra, invitado por Hume. Pasa por Estrasburgo (2 de noviembre) y llega a París el 16 de diciembre, provisto de un salvoconducto.

1766. Abandona París el 4 de enero y llega a Londres. Rápidamente tiene problemas con Hume y se refugia en Woo ton. Empujado por los filósofos parisinos, Hume hace pública su ruptura con Rousseau.

1767. Rousseau abandona Inglaterra (21 de mayo) y se refugia en Trye, en casa del príncipe de Conti, con el pseudónimo de Jean Joseph Renou.

1768. Viajes a Lyon, Grenoble y Chambéry. El 30 de agosto, Rousseau contrae matrimonio con Thérèse ante el alcalde de Bourgoin.

1769. Estancia en Monquin, cerca de Bourgoin. Rousseau continúa con la redacción de las *Confesiones.*

1770. Rousseau vuelve a adoptar su nombre verdadero y se instala en la calle Plâtrière de París en junio. Empieza a hacer lecturas de las *Confesiones.*

1771. La señora de Epinay consigue que el teniente de policía prohíba a Rousseau la lectura pública de las *Confesiones.*

1772

1775. Rousseau ha vuelto a su oficio de copista y a su interés por la música. Se interesa también por la botánica. Finalmente, para contrarrestar el «complot» de los filósofos, escribe *Rousseau, juez de Jean Jacques.*

1776. Hundido en su delirio, Rousseau quiere depositar sobre el altar mayor de Notre-Dame el manuscrito de *Rousseau, juez de jean Jacques;* pero la reja del coro está cerrada *(24* de febrero). Da su manuscrito a Condillac. En abril distribuye por la calle a los transeúntes un panfleto titulado A los *franceses que aman todavía ¡ajusticia y la verdad.*
En el verano, la crisis se apacigua y Rousseau empieza a escribir Las refle*xiones de un paseante solitario.*

1777. Rousseau continúa la redacción de las *Reflexiones.*

1778. Acepta la hospitalidad que le ofrece el marqués de Girardin en Ermenonville *(20* de mayo). Allí muere el *2* de julio a las once de la mañana.

BIBLIOGRAFIA

Ediciones

Rousseau, J. J.: *Las confesiones, trad. de* Pedro Vances, introducción de Juan del Agua, Selecciones Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1983.
- *Del contrato social/Discurso sobre las ciencias/Qiscurso sobre el origen de la desigualdad,* prólogo, trad. y notas de Mauro Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres/El contrato social,* trad. de José López y López y Consuelo Berges, introd. de Jean Starobinski y Antonio Rodríguez Huéscar, Orbis, Barcelona, 1985.
- *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres,* traducción de Jean Starobinski, Aguilar, Madrid, 1973.
- *Emilio o De la educación, trad. de* Luis Aguirre Prado, prólogo de María del Carmen Iglesias, Edaf, Madrid, 1985.
- *Ensayo sobre el origen de las lenguas,* ed. y trad. de Mauro Armiño, Akal, Madrid, 1980.
- *Las ensoñaciones del paseante solitario,* Prólogo, trad. y notas de Mauro Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1983.

Estudios

Grimsley, R.: *La filosofía de Rousseau,* Alianza, LB n 651, Madrid, 1977.
Hoffding, H.: *Rousseau,* en «Revista de Occidente», Madrid, 1931.
Moreau, J.: *Rousseau y la fundamentación de la democracia,* Colección Boreal, Espasa-Calpe, 1977. Starobinski, J.: *Jean jacques Rousseau (La transparencia y el obstáculo),* Taurus, Madrid, 1983.
Varios: *Presencia de Rousseau,* Nueva Visión, Buenos Aires, 1972.

DISCURSO

QUE HA SIDO GALARDONADO
CON EL PREMIO DE LA ACADEMIA
DE DIJON
En el año 1750
Sobre la pregunta propuesta
por la misma Academia:

Si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuido a depurar las costumbres.

Barbarus hic ego sum quia non intelligor illis.

Ovidio

ADVERTENCIA

sobre las notas

He añadido algunas notas a esta obra, según mi costumbre perezosa de trabajar sin orden ni concierto. Estas notas se apartan algunas veces lo suficiente del tema como para no ser conveniente el leerlas con el texto. Las he retirado, pues, al final del Discurso, en el cual he tratado de seguir lo mejor posible el camino más recto. Aquellos que tengan el valor de volver a empezar podrán distraerse la segunda vez con una búsqueda activa e intentar recorrer las notas, no resultará mayor daño si los demás no las leen.

ADVERTENCIA

Librodot

¿Qué es la celebridad? He aquí la infausta obra a la que debo la mía. Es seguro que esta obra que ha merecido un premio y que me ha dado un renombre es, como mucho, mediocre y me atrevo a añadir que es una de las menos importantes de toda esta recopilación. ¿Qué abismo de penalidades no habría evitado el autor si este primer libro hubiera sido recibido como merecía? Pero fue menester que un favor injusto primero me acarreara gradualmente un rigor que lo es todavía más.

PREFACIO

He aquí una de las más grandes y bellas preguntas que se hayan debatido nunca. En este Discurro no se trata de esas sutilezas metafísicas que han llegado a todos los rincones de la literatura y de las cuales nunca se ven libres los programas de Academia, sino que se trata de una de aquellas verdades que importan a la felicidad del género humano.

Preveo que difícilmente se me perdonará el partido que me he atrevido a tomar. Al golpear de lleno todo lo que provoca hoy la admiración de los hombres, no puedo esperar más que una censura universal; y no por haber sido honrado con la aprobación de algunos sabios debo contar con la del público: así que mi partido está tomado; no me preocupa gustar o no a los espíritus ilustrados ni a las personas de moda. En todo tiempo habrá hombres hechos para ser subyugados por las opiniones de su siglo, de su país, de su sociedad: así se comporta hoy el incrédulo y el filósofo, que, por las mismas causas, no habría sido más que un fanático en el tiempo de la Liga. Para tales lectores no se puede escribir si se quiere vivir más allá de un siglo.

Una palabra más y termino. Como no contaba con el honor del que he sido objeto, desde el último envío había refundido y aumentado este *Discurso,* hasta el punto de hacer de el, en cierta manera, una obra distinta; hoy me he creído obligado a restablecerlo en el estado en el cual ha sido galardonado. Unicamente le he añadido algunas notas y he dejado dos coletillas fácilmente reconocibles y que la Academia sin duda no habría aprobado. He pensado que la equidad, el respeto y el agradecimiento me exigían escribir esta advertencia.

DISCURSO

Decipimur specie recti

¿Ha contribuido el restablecimiento de las ciencias y de las artes a depurar o a corromper las costumbres? He aquí el objeto del análisis. ¿Qué partido debo tomar en esta cuestión? Señores, el que corresponde a un hombre honrado que no sabe nada y que no se considera inferior por ello.

Presiento que será difícil pronunciar un discurso apropiado al tribunal ante el cual comparezco. ¿Cómo atreverse a censurar las ciencias ante una de las más sabias asociaciones de Europa, alabar la ignorancia en el seno de una Academia célebre y conciliar el desprecio al estudio con el respeto a los verdaderos sabios? Soy consciente de estas contrariedades; y no me han hecho flaquear. No maltrato a la ciencia, me he dicho; defiendo la virtud ante hombres virtuosos. La probidad es más apreciada por las personas de bien que la erudición por los doctos. Entonces, ¿qué tengo que temer? ¿Las luces de la Asamblea que me escucha? Lo confieso; pero es por culpa de la composición del discurso y no a causa del sentimiento del orador. Los soberanos justos nunca han vacilado en condenarse a ellos mismos a raíz de

discusiones dudosas; y la posición más ventajosa para el derecho es la que consiste en tener que defenderse contra una parte íntegra e ilustrada, juez de su propia causa.

A este motivo que me anima se une otro que me decide: después de haber sostenido, según mi luz natural, el partido de la verdad, sea cual sea el éxito que obtenga existe un premio que no me puede faltar: lo encontraré en el fondo de mi corazón.

PARTE PRIMERA

Grande y bello espectáculo es ver al hombre salir de alguna manera de la nada por sus propios recursos; con las luces de su razón disipar las tinieblas en las que la naturleza le había envuelto; elevarse por encima de sí mismo; gracias a su espíritu lanzarse hacia las regiones celestes; tal como hace el sol, recorrer con pasos de gigante la vasta extensión del universo; y, lo que es aún más grande y más difícil, concentrarse en sí mismo para estudiar al hombre y conocer su naturaleza, sus deberes y su razón de ser. Todas estas maravillas se han vuelto a producir en las últimas generaciones.

Europa había recaído en la barbarie de los primeros tiempos. Los pueblos de esta parte del mundo, hoy tan ilustrada, vivían hace algunos siglos en un estado peor que la ignorancia. No se muy bien qué clase de jerga científica, más despreciable aún que la ignorancia, había usurpado el nombre a la sabiduría y para impedir su vuelta le ponía obstáculos casi insalvables. Se necesitaba una revolución para volver a encauzar al hombre hacia el sentido común; finalmente vino por donde menos se la esperaba. Fue el estúpido Musulmán, fue el eterno azote de las letras el que las hizo renacer entre nosotros. La caída del trono de Constantino llevó a Italia los escombros de la antigua Grecia. Francia se enriqueció a su vez con estos preciados despojos. Pronto las ciencias sucedieron a las letras; al arte de escribir se unió el arte de pensar;

gradación que parece rara y que quizá es demasiado natural; y se empezó a comprender la principal ventaja del comercio con las Musas, a saber, que hace a los hombres más sociables al inspirarles el deseo de complacerse mutuamente con obras dignas de su aprobación.

Al igual que el cuerpo, el espíritu tiene necesidades. Las de aquél constituyen los fundamentos de la sociedad, las de éste son su recreo. Mientras el gobierno y las leyes subvienen a la seguridad y al bienestar de los hombres sociales, las letras y las artes, menos déspotas y quizá más poderosas, extienden guirnaldas de flores sobre las cadenas de hierro que los agobian, ahogan en ellos el sentimiento de la libertad original para la cual parecían haber nacido, los hacen amar su esclavitud y los transforman en lo que se ha dado en llamar pueblos civilizados. La necesidad alzó tronos que las ciencias y las artes han consolidado. Potencias de la tierra, amad los talentos y proteged a aquellos que los cultivan'. Pueblos civilizados, cultivadlos: dichosos esclavos, les debéis el gusto delicado y fino del que presumís; la dulzura del carácter y la urbanidad en las costumbres que hacen entre vosotros el comercio tan sociable y tan fácil; en una palabra, la apariencia de todas las virtudes sin tener ninguna.

Por esta especie de buena educación, tanto más amable cuanto menos digna presentarse, se distinguieron antiguamente Atenas y Roma en los días tan ponderados de su magnificencia y de su brillo: sin duda, por ella tendrán la supremacía, sobre todos los tiempos y sobre todos los pueblos, nuestro siglo y nuestra nación. Un tono filosófico sin pedantería, maneras naturales y, sin embargo, solícitas, alejadas tanto de la rusticidad tudesca como de la pantomima ultramontana: he aquí los frutos del gusto adquirido merced a estudios con calidad y perfeccionado gracias al comercio mundano.

¡Qué dulce sería vivir en nuestra sociedad si la continencia externa fuera siempre imagen de las disposiciones del alma; si la decencia fuera la virtud; si nuestras máximas fueran reglas; si la verdadera filosofía no se pudiera separar de la dignidad de filósofo! Pero tantas cualidades rara vez van juntas y la virtud no se manifiesta con tanta pompa. La riqueza en la vestimenta puede anunciar a un hombre opulento y su elegancia a un hombre con gusto; el hombre sano y robusto es reconocible por otros síntomas: bajo el vestido rústico de un labrador y no bajo los arreos de un cortesano encontramos la fuerza y el vigor corporal. Las galas no tienen nada que ver con la virtud, que es la fuerza y el vigor del alma. El hombre de bien es un atleta que se complace en combatir desnudo: desprecia todos los viles ornatos que estorbarían la utilización de sus fuerzas y que no han sido inventados en su mayoría sino para esconder alguna deformidad.

Antes de que el arte hubiera modelado nuestras maneras y enseñado un lenguaje afecto a nuestras pasiones, nuestras costumbres eran rústicas pero naturales; y la diferencia de procedimiento anunciaba a primera vista la diferencia de caracteres. La naturaleza humana, en el fondo, no era mejor; pero los hombres encontraban seguridad en la facilidad de conocerse recíprocamente y esta ventaja, de cuyo precio ya no nos damos cuenta, les ahorraba bastantes vicios.

Hoy en día, cuando investigaciones más sutiles y un gusto más refinado han reducido a principios el arte de gustar, en nuestras costumbres reina una vil y engañosa uniformidad y todos los espíritus parecen haber sido fabricados con un mismo molde: la buena educación exige continuamente, el decoro ordena: continuamente nos adherimos al uso, nunca a nuestro propio genio. Nadie se atreve ya a parecer lo que es; y en esta coacción perpetua, los hombres que conforman el rebaño llamado sociedad, situados en las mismas circunstancias, hagan todos lo mismo si no se lo impiden motivos de fuerza mayor. Por lo tanto, nunca sabremos muy bien con quién nos enfrentamos; para conocer a un amigo será necesario esperar las grandes ocasiones, es decir, esperar el momento en que ya sea tarde, puesto que para esas mismas ocasiones habría sido esencial conocerlo.

¿Qué comitiva de vicios no acompañará a esta incertidumbre? No más amistades sinceras; no más estima real; no más confianza fundada. Las sospechas, las sombras, los temores, la frialdad, la reserva, el odio, la traición se ocultarán siempre tras el velo uniforme y pérfido de la buena educación, esta urbanidad tan elogiada que debemos a las luces de nuestro siglo. Ya no se profanará con juramentos el nombre del amo del universo, pero se le insultará con blasfemias y nuestros oídos escrupulosos no se ofenderán. Ya no elogiaremos nuestro mérito propio, pero rebajaremos el de los demás. No ultrajaremos burdamente a nuestro enemigo, pero le calumniaremos con habilidad. Los odios nacionales se apagarán, pero será conjuntamente con el amor a la patria. Se sustituirá la ignorancia despreciada por un peligroso pirronismo. Habrá excesos proscritos y vicios deshonrosos, pero otros serán condecorados con el nombre de virtud; será menester tenerlos o fingirlos. Quien quiera que alabe la sobriedad de los sabios; por mi parte, no veo en ellos más que un refinamiento de la intemperancia, tan indigno de mi elogio como su artificiosa sencillez[2].

Tal es la pureza que han adquirido nuestras costumbres. De esta manera hemos llegado a ser hombres de bien. Corresponde a las letras, a las ciencias y a las artes el reivindicar lo que les pertenece de tan saludable obra. Solamente añadiré una reflexión; un habitante de una comarca alejada que buscara formarse una idea de las costumbres europeas sobre el estado de las ciencias entre nosotros, sobre la perfección de nuestras artes, sobre el decoro de nuestros espectáculos, sobre la urbanidad de nuestras maneras, sobre la afabilidad de nuestros discursos, sobre nuestras perpetuas demostraciones de buena voluntad y sobre el concurso tumultuoso de hombres de todas las edades y de todo estado que parecen tener prisa, desde que sale la aurora hasta la puesta de sol, por servirse mutuamente; este extranjero, digo, atribuiría exactamente a nuestras costumbres lo contrario de lo que son.

Allí donde no hay efecto no se puede buscar una causa: pero aquí el efecto es evidente, la depravación real; y se han corrompido nuestras almas a medida que nuestras ciencias y nuestras artes han avanzado hacia la perfección. ¿Alguien dice que es una desgracia particular de nuestra época? No, señores; los males provocados por nuestra vana curiosidad son tan viejos como el mundo. La subida y la bajada cotidianas de las aguas del océano no están tan regularmente sometidas a la trayectoria del astro que nos ilumina durante la noche como el destino de las costumbres y de la probidad al progreso de las ciencias y de las artes. Se ha visto huir a la virtud a medida que la luz de éstas se alzaba sobre nuestro horizonte y el mismo fenómeno se ha observado en todo tiempo y lugar.

Ahí tenéis a Egipto, la primera escuela del universo, con ese clima tan fértil bajo un cielo de bronce, comarca célebre de donde partió antiguamente Sesostris para conquistar el mundo. Llega a ser la madre de la filosofía y de las bellas artes y poco después la conquista de Cambises, luego la de los Griegos, la de los Romanos, la de los Arabes y finalmente la de los Turcos. Ahí tenéis a Grecia, en otro tiempo poblada de héroes que vencieron dos veces a Asia, una ante Troya y otra en su propio hogar. Las letras recién nacidas todavía no habían llevado la corrupción a los corazones de sus habitantes; pero el progreso de las artes, la disolución de las costumbres y el yugo del Macedonio se sucedieron con poco intervalo; y Grecia, siempre sabia, siempre voluptuosa y siempre esclava, nunca volvió a experimentar en sus revoluciones más que cambios de dueño. Toda la elocuencia de Demóstenes no pudo ya reanimar un cuerpo que el lujo y las artes habían enervado.

En el tiempo de los Ennio y de los Terencio, Roma, fundada por un pastor e ilustrada por labradores, empieza a degenerar. Pero después de los Ovidio, Catulo, Marcial y toda esa masa de autores obscenos, cuyos nombres solos alarman el pudor, Roma, en otro tiempo templo de la virtud, se transforma en el teatro del crimen, en el oprobio de las naciones y el juguete de los bárbaros. Esa capital del mundo cae finalmente en el yugo que había impuesto a tantos pueblos

y el día de su caída fue la víspera de aquél en que se otorgó a uno de sus ciudadanos el título de árbitro del buen gusto.

Qué diré de la metrópolis del imperio de Oriente, que, por su posición, parecía digna de ser la del mundo entero; de este asilo de las ciencias y de las artes proscritas en el resto de Europa, quizá más por sabiduría que por barbarie. Todo lo más vergonzoso del desenfreno y la corrupción; lo más negro de las traiciones, los asesinatos y los venenos; lo más atroz del concurso de todos los crímenes; he aquí la fuente pura de donde hemos visto emanar las luces de las que se vanagloria nuestro siglo.

Pero por qué buscar en tiempos remotos las pruebas de una verdad de la que tenemos testimonios aún vivos bajo los ojos. Existe en Asia una comarca en donde las letras honradas hacen alcanzar las principales dignidades del Estado. Si las ciencias depurasen las costumbres, si enseñaran a los hombres a derramar su sangre por la patria, si animaran el valor, los pueblos de China serían sabios, libres e invencibles. Pero, si no existe vicio que no los domine, crimen que no les sea familiar; si las luces de los ministros, ni la pretendida sabiduría de las leyes ni la multitud de habitantes de este vasto imperio no le han podido garantizar contra el yugo del Tártaro ignorante y burdo, ¿de qué le han servido todos sus sabios? ¿Que fruto ha recogido de los honores que les colman? ¿El de estar poblado por esclavos y malas personas?

Contrastemos estos cuadros con el de las costumbres de ese pequeño número de pueblos que, a salvo del contagio de los conocimientos vanos, han hecho su propia felicidad a través de sus virtudes para ejemplo de las demás naciones. Tales fueron los primeros Persas, singular nación en la que se aprendía la virtud como en la nuestra se aprende la ciencia; que subyugó a Asia con tanta facilidad; ella sola ha tenido la gloria de que la historia de sus instituciones sea como una novela filosófica. Tales fueron los Escitas, de los que nos quedan magníficos elogios. Tales los Germanos, una de cuyas plumas, cansada de trazar los crímenes y las negruras de un pueblo instruido, opulento y voluptuoso, se consolaba pintando la sencillez, la inocencia y las virtudes. Tal había sido Roma incluso en los tiempos de su pobreza y de su ignorancia. Finalmente, así se ha mostrado hasta nuestros días esa nación rústica tan elogiada por su valor, que no ha podido abatir la adversidad, y por su fidelidad, que no ha podido corromper el mal ejempo3.

No es por estupidez por lo que éstos han preferido otros ejercicios a los ejercicios del espíritu. No ignoraban que en otras comarcas algunos hombres ociosos se pasaban la vida discutiendo sobre el bien soberano, sobre el vicio y sobre la virtud y que razonadores orgullosos, otorgándose a ellos mismos los más grandes elogios, confundían a los demás pueblos bajo el nombre despreciativo de bárbaros; pero han examinado sus costumbres y aprendido a desdeñar su doctrina4.

¿Acaso podría olvidar que fue en el mismo seno de Grecia donde se vio elevarse aquella ciudad tan célebre por su feliz ignorancia como por la sabiduría de sus leyes, aquella República de semidioses, que no de hombres (tan superiores parecían sus virtudes a los ojos de la Humanidad)? ¡Esparta! ¡Oprobio eterno de una doctrina vana! Mientras los vicios, conducidos por las bellas artes, se introducían juntos en Atenas, mientras un tirano reunía con tanto cuidado las obras del príncipe de los poetas, tú expulsabas de tus muros las artes y a los artistas, las ciencias y a los sabios.

Este acontecimiento marcó la diferencia. Atenas se convirtió en la morada de la buena educación y del buen gusto, el país de los oradores y de los filósofos. La elegancia de sus edificios respondía a la de su lenguaje. Por todas partes se veían mármoles y telas animados por las manos de los más hábiles maestros. De Atenas han salido esas obras sorprendentes que servirán de modelo en los tiempos de la corrupción. El retrato de Lacedemonia es menos brillante. Ahí, decían los demás pueblos, *los hombres nacen virtuosos y el mismo aire parece inspirar la* virtud. De sus habitantes no nos queda más que la memoria de sus heroicas

acciones. ¿Tales monumentos deben valernos menos que los mármoles sorprendentes que nos ha dejado Atenas?

Es cierto que algunos sabios se han resistido al torrente general y se han guardado del vicio en la residencia de las Musas. Pero escuchemos el juicio que acerca de los sabios y de los artistas de su tiempo efectuaba el primero y más desgraciado de todos ellos.

«He examinado -dice- a los poetas y los miro como personas cuyo talento impone a las demás y a ellas mismas, que se las dan de sabias, a las que se tiene por tales, cuando tienen menos de eso que de ninguna otra cosa.

De los poetas -continúa Sócrates- he pasado a los artistas. Nadie ignoraba las artes más que yo; nadie estaba más convencido que yo de que los artistas poseían secretos bellísimos. Sin embargo, me he dado cuenta de que su condición no es mejor que la de los poetas y que los unos y los otros se encuentran con el mismo prejuicio. Porque los más hábiles de todos ellos destacan en su patria, se miran ya como los más sabios entre los hombres. Tal presunción ha debilitado completamente a mis ojos su saber. De manera que, poniéndome en el lugar del oráculo y preguntándome qué es lo que preferiría ser, lo que soy yo o lo que son ellos, saber lo que ellos han aprendido o saber que no sé nada, me he respondido a mí mismo y al Dios: Quiero seguir siendo lo que soy. Ni los sofistas, ni los poetas, ni los oradores, ni los artistas, ni yo mismo sabemos qué es lo verdadero, ni lo bueno ni lo bello. Pero entre nosotros existe una diferencia: aunque estas personas no sepan nada, todas creen saber algo. Mientras que yo, si no se nada, al menos no tengo esa duda. De manera que toda esta superioridad de sabiduría que me otorga el oráculo se reduce únicamente a estar convencido completamente de que ignoro todo lo que no sé.»

¡He aquí por lo tanto al más sabio de los hombres según el parecer de los dioses y el más sabio de todos los Atenienses según la opinión de Grecia entera, Sócrates, elogiando la ignorancia! ¿Es posible creer que si resucitara en nuestra sociedad nuestros sabios y nuestros artistas le harían cambiar de opinión? No, señores, este hombre justo continuaría despreciando nuestras vanas ciencias; no ayudaría a enriquecer los ríos de libros que nos inundan por todas partes y no dejaría a sus discípulos y a nuestros sobrinos, como hizo antes, más que el ejemplo y la memoria de su virtud por todo precepto. ¡Así es bello distinguir a los hombres!

Sócrates había empezado en Atenas; el viejo Catón continuó en Roma, desencadenándose contra los Griegos artificiosos y sutiles que seducían la virtud y debilitaban el valor de sus conciudadanos. Pero las ciencias, las artes y la dialéctica prevalecieron todavía: Roma se llenó de filósofos y de oradores; se abandonó la disciplina militar, se despreció la agricultura, se acogieron sectas y se olvidó la patria. A los nombres sagrados de libertad, de desinterés, de obediencia a las leyes sucedieron los nombres de Epicuro, de Zenón, de Arcésilas. *Desde que han empezado a aparecer los sabios entre nosotros* -decían sus propios filósofos- *las personas de bien se han eclipsado.* Hasta entonces los Romanos se habían contentado con practicar la virtud; todo se perdió cuando empezaron a estudiarla.

¡Fabricio! ¿Qué habría pensado vuestra gran alma si, por desgracia vuelto a la vida, hubierais visto la cara pomposa de esa Roma que vuestro brazo salvó y que vuestro nombre respetable había ilustrado más que todas sus conquistas? « ¡Dioses! -habríais dicho- ¿Qué ha sido de esos tejados de paja y de los hogares rústicos que en otro tiempo habitaban la moderación y la virtud? ¿Qué funesto esplendor ha sucedido a la sencillez romana? ¿Qué es este extraño lenguaje? ¿Qué son estas costumbres afeminadas? ¿Qué significan estas estatuas, estos cuadros, estos edificios? Insensatos, ¿qué habéis hecho? ¿Vosotros, amos de las naciones, os habéis transformado en esclavos de los hombres frívolos que habéis vencido? ¿Os gobiernan los rétores? ¿Para enriquecer a los arquitectos, a los pintores, a los escultores, a los histriones, habéis regado con vuestra sangre Grecia y Asia? ¿Los despojos de Cartago son ahora la presa de un flautista? Romanos, apresuraos a echar por tierra los anfiteatros; quebrad los mármoles;

quemad los cuadros; expulsad a los esclavos que os subyugan, cuyas funestas artes os corrompen. Que otras manos se iluminen con vanos talentos; el único talento digno de Roma es el de conquistar el mundo y hacer reinar la virtud en él. Cuando Cineas tomó nuestro Senado por una asamblea de reyes no se deslumbró por una pompa vana ni por una elegancia rebuscada. No escuchó en el la elocuencia frívola, el estudio y el encanto de los hombres futiles. ¿Qué vio entonces Cineas que lo hizo a sus ojos tan majestuoso? ¡Oh, ciudadanos! Vio un espectáculo que no ofrecerán nunca vuestras riquezas ni vuestras artes; el más bello espectáculo que haya aparecido jamás bajo el cielo, la asamblea de doscientos hombres virtuosos, dignos de gobernar Roma y la tierra entera.»

Pero salvemos la distancia de los lugares y los tiempos y veamos lo que ha ocurrido en nuestras comarcas y bajo nuestros propios ojos; o mejor, apartemos cuadros odiosos que herirían nuestra sensibilidad y ahorrémonos el esfuerzo de repetir lo mismo con otro nombre. No en vano invocaba yo los manes de Fabricio; ¿Y qué he hecho decir a aquel gran hombre que no hubiera podido poner en boca de Luis XII o de Enrique IV? Es cierto que entre nosotros Sócrates no habría bebido la cicuta; pero habría bebido en una copa más amarga, la burla insultante y el desprecio, cien veces peor que la muerte.

He aquí cómo el lujo, la disolución y la esclavitud han sido en todo tiempo el castigo a los esfuerzos orgullosos que hemos hecho para salir de la feliz ignorancia donde nos había situado la sabiduría eterna. El tupido velo con el que ha cubierto todas sus operaciones parecía avisarnos suficientemente que no nos ha destinado a búsquedas vanas. ¿Pero existe alguna lección suya que hayamos sabido aprovechar o que hayamos abandonado impunemente? Pueblos, sabed de una vez por todas que la naturaleza ha querido preservarnos de la ciencia, como una madre arrebata un arma peligrosa de las manos de su hijo; que todos los secretos que os oculta constituyen tantos males contra los que os guarda y que el esfuerzo que invertís para instruiros es el mayor de sus beneficios. Los hombres son perversos; serían peores aún si hubieran tenido la desgracia de nacer sabiendo.

¡Qué humillantes son estas reflexiones para la Humanidad! ¡Cómo debe mortificarse nuestro orgullo! ¿Qué es lo que ocurre? ¿La probidad es acaso hija de la ignorancia? ¿La ciencia y la virtud son entonces incompatibles? ¿Qué consecuencias se podrían sacar de estos prejuicios? Pero para conciliar estas contradicciones aparentes es necesario examinar de cerca la vanidad y el vacío de los títulos orgullosos que nos deslumbran y que atribuimos gratuitamente a los conocimientos humanos. Consideremos, pues, las ciencias y las artes en sí mismas. Veamos lo que debe resultar de su progreso; y no vacilemos en convenir en todos aquellos puntos en los que nuestros razonamientos se encuentren de acuerdo con las inducciones históricas.

PARTE SEGUNDA

Una antigua tradición de Egipto importada de Grecia consideraba que el inventor de las ciencias era un dios enemigo de la tranquilidad de los hombres[7]. ¿Qué opinión debían de tener acerca de ellas los mismos Egipcios, en cuya nación habían nacido éstas? Ocurre que veían de cerca las fuentes que las habían producido. En efecto, aunque hojeemos los anales del mundo, aunque suplamos las crónicas inciertas por investigaciones filosóficas, no encontraremos para los conocimientos humanos un origen que responda a la idea que nos gusta tener sobre él. La astronomía nació de la superstición; la elocuencia, de la ambición, del odio, de la adulación, de la mentira; la geometría, de la avaricia; de la física, de una vana curiosidad; todas, incluso la

moral, del orgullo humano. Por lo tanto, las ciencias y las artes deben su nacimiento a nuestros vicios: dudaríamos menos de sus ventajas si lo debieran a nuestras virtudes.

El defecto de su origen queda bien patente en sus objetos. ¿Qué haríamos con las artes sin el lujo que las alimenta? Sin las injusticias de los hombres, ¿qué utilidad tendría la jurisprudencia? ¿En qué se transformaría la historia si no hubiera tiranos, ni guerras ni conspiradores? En una palabra, ¿quién querría gastar su vida con estériles contemplaciones, si, al no consultar cada uno más que los deberes del hombre y las necesidades de la naturaleza, no se tuviera tiempo para nada que no fuera la patria, los infelices y los amigos? ¿Es que estamos hechos entonces para morir atados al borde del pozo donde se ha escondido la verdad? Esta reflexión tendría ya que hacer retroceder, desde los primeros pasos, a todo hombre que buscara instruirse con seriedad a través del estudio filosófico.

¡Cuántos peligros! ¡Cuántos caminos falsos en la investigación de las ciencias! ¿Por cuántos errores, mil veces más peligrosos que útil es la verdad, no habrá que pasar para llegar a ella? La desventaja es evidente; porque lo falso es susceptible de tener una infinidad de combinaciones; pero la verdad sólo tiene una manera de ser. Por otra parte, ¿existe alguien que la busque sinceramente? Incluso con la mejor voluntad del mundo, ¿por qué indicios la reconoceremos con seguridad? Entre tal cantidad de sentimientos diferentes, ¿cuál será nuestro criterium para juzgarla acertadamente?2 Y lo que es más difícil aún, si por fortuna la encontramos finalmente, ¿quién de nosotros sabrá utilizarla bien?

Si nuestras ciencias son vanas en cuanto al objeto que se proponen, son más peligrosas aún por los efectos que producen. Nacidas de la ociosidad, la alimentan a su vez; y la pérdida irreparable de tiempo es el primer perjuicio que provocan necesariamente a la sociedad. En política, como en moral, constituye un gran mal el hecho de no hacer el bien; y todo ciudadano inútil puede ser considerado como un hombre pernicioso. Respondedme, pues, ilustres filósofos; vosotros, gracias a los cuales sabemos en qué condiciones los cuerpos se atraen en el vacío; cuáles son, en las revoluciones de los planetas, las relaciones de las áreas recorridas en tiempos iguales; qué curvas tienen puntos conjugados, puntos de inflexión y de rebotadura; de qué manera el hombre ve todo en Dios; de qué manera el alma y el cuerpo tienen correspondencia sin comunicación, de igual forma que dos relojes; qué astros pueden habitarse; qué insectos se reproducen de forma extraordinaria; respondedme, os digo; vosotros, de quienes hemos recibido tantos conocimientos sublimes; ¿aunque nunca nos hubierais enseñado estas cosas, seríamos por ello menos numerosos, estaríamos peor gobernados, seríamos menos temibles, menos florecientes o más perversos? Volved entonces a la importancia de vuestros productos; y, si los trabajos de los sabios más ilustres y de nuestros mejores ciudadanos nos proporcionan tan escasa utilidad, decidnos lo que debemos pensar de esa multitud de escritores oscuros y de hombres de letras ociosos que devoran la substancia del Estado sin provecho alguno.

¿Qué digo, ociosos? ¡Plugiera a Dios que lo fueran en efecto! Sus costumbres serían más sanas y la sociedad estaría más tranquila. Pero estos vanos y futiles declamadores van por todos lados armados con sus funestas paradojas, socavando los fundamentos de la fe y destruyendo la virtud. Sonríen desdeñosamente cuando oyen las viejas palabras patria y religión y consagran sus talentos y su filosofía a destruir y envilecer todo lo sagrado que pertenece a los hombres. No es que odien en el fondo la virtud ni nuestros dogmas; son enemigos de la opinión pública; y para hacerlos volver al pie del altar bastaría con relegarlos entre el común de los ateos. ¡Oh, furor por distinguirse! ¿Qué hay que no puedas hacer?

El abuso del tiempo es un gran mal. Otros males peores todavía siguen a las letras y a las artes. Así ocurre con el lujo, nacido como ellas de la ociosidad y de la vanidad de los hombres. El lujo se presenta rara vez sin las ciencias o las artes y éstas nunca van sin el. Ya se que nuestra filosofía, siempre fecunda en máximas singulares, pretende, en contra de la experiencia

multisecular, que el lujo hace el esplendor de los Estados; pero después de haber olvidado la necesidad de leyes suntuarias, ¿todavía osará negar que las buenas costumbres son esenciales para la permanencia de los imperios y que el lujo es lo diametralmente opuesto a las buenas costumbres? Si se quiere, que el lujo sea un signo evidente de riqueza; que sirva incluso para multiplicarla: ¿que habrá que concluir acerca de esta paradoja tan digna de haber nacido -en nuestros días? Y qué será de la virtud cuando sea necesario enriquecerse a cualquier precio? Los antiguos políticos hablaban continuamente de buenas costumbres y de virtud; los nuestros no hablan sino de comercio y de dinero. Uno os dirá que un hombre de cierta comarca vale la suma por la que se le vendería en Argel; otro, siguiendo este mismo cálculo, encontrará países donde un hombre no vale nada y países donde un hombre vale menos que nada. Evalúan a los hombres como manadas de reses. Según ellos, un hombre sirve al Estado en función de lo que consume en él. Así, un Sibarita valía perfectamente por treinta Lacedemonios. Intentemos adivinar, pues, cuál de estas dos Repúblicas, Esparta y Sibaris, se vio subyugada por un puñado de campesinos y cuál de ellas hizo temblar a Asia.

La monarquía de Ciro fue conquistada con treinta mil hombres por un príncipe más pobre que el más pobre de los sátrapas de Persia; y los Escitas, el pueblo más miserable que haya existido, resistió a los monarcas más poderosos del universo. Dos grandes repúblicas se disputaron el imperio del mundo; una de ellas era muy rica, la otra no tenía nada, y fue esta Ultima la que destruyó a la otra. A su vez, el imperio romano, después de haber engullido todas las riquezas del universo, fue presa de unas gentes que ni siquiera sabían qué era la riqueza. Los Francos conquistaron las Galias; los Sajones, Inglaterra, sin más tesoros que su bravura, y su pobreza. Una tropa de pobres montañeses cuya avidez se limitaba a algunas pieles de cordero, después de haber sometido a la fiera austriaca, aplastó a la opulenta Casa de Borgoña, que hacía temblar a los potentados de Europa. Finalmente, toda la potencia y toda la sabiduría del heredero de Carlos V, sostenidas por todos los tesoros de las Indias, vinieron a estrellarse contra un puñado de pescadores de arenques. Que nuestros políticos se dignen suspender sus cálculos para reflexionar acerca de estos ejemplos y que aprendan de una vez por todas que con el dinero se obtiene todo salvo buenas costumbres y ciudadanos.

De qué se trata, pues, en todo este asunto del lujo? ¿De saber si es más importante para los imperios el hecho de ser brillantes y efímeros o virtuosos y duraderos? Digo brillantes, ¿pero con qué brillo? El gusto por el fasto no se asocia con el de la honradez en una misma alma. No, no es posible que los espíritus degradados por abundancia de cuidados futiles se eleven nunca hacia algo grande; y aun si tuvieran fuerzas para ello, les faltaría el valor.

Todo artista quiere ser aplaudido. Los elogios de sus contemporáneos son la parte más preciada de su recompensa. ¿Qué hará, pues, para obtenerlos si tiene la desgracia de haber nacido en un pueblo y en unos tiempos en que los sabios de moda han puesto a la juventud frívola en estado de dar el tono; donde los hombres han sacrificado su gusto en favor de los tiranos de su libertada; donde uno de los dos sexos no se ha atrevido a aprobar lo que está proporcionado a la pusilanimidad del otro y se han desaprovechado obras de arte de poesía dramática y rechazado prodigios de armonía? Señores, ¿qué hará? Rebajará su genio al nivel de su siglo y preferirá componer obras comunes, ésas que se admiran en vida del autor, a maravillas que no se admirarían sino después de su muerte. Decidnos, célebre Arouet, cuántas bellezas viriles y fuertes habéis sacrificado en aras de nuestra falsa delicadeza y cuántas cosas grandes os ha costado el espíritu de la galantería, tan fértil en cosas pequeñas.

De esta manera, la disolución de las costumbres, consecuencia necesaria del lujo, arrastra a su vez la corrupción del gusto. Si entre los hombres extraordinarios por sus talentos se encuentra por casualidad alguno que tenga firmeza en el alma y que se niegue a prestarse al genio de su siglo y a envilecerse con producciones pueriles, ¡ay de él! Morirá en la indigencia y en el olvido. ¡Ojalá esto fuera un pronóstico que hago y no una experiencia que transmito!

Carlo, Pedro, ha llegado el momento en que el pincel que estaba destinado a aumentar la majestuosidad de nuestros templos con imágenes sublimes y santas debe caer de vuestras manos o se verá prostituido para adornar con pinturas lascivas las almohadillas de un sofá. Y tú, rival de los Praxíteles y de los Fidias; tú, cuyo cincel habrían empleado los antiguos en fabricarse dioses capaces de excusar su idolatría ante nuestros ojos; inimitable Pigalle, tu mano tendrá que resolverse a rebajar la barriga de un monigote o deberá permanecer ociosa.

No se puede reflexionar sobre las costumbres sin complacerse en recordar la imagen de la sencillez de los primeros tiempos. Se trata de una bella ribera, adornada únicamente por las manos de la naturaleza, hacia la cual dirigimos continuamente los ojos y de la cual nos alejamos con pesar. Cuando los hombres inocentes y virtuosos gustaban de tener a los dioses por testigos de sus actos, vivían juntos en las mismas cabañas; pero en seguida se volvieron malvados, se hastiaron de esos incómodos espectadores y los relegaron dentro de templos magníficos. Finalmente los expulsaron de ellos para establecerse ellos mismos; o, al menos, los templos de los dioses no se distinguieron ya de las casas de los ciudadanos. Fue entonces el colmo de la depravación; y los vicios nunca llegaron tan lejos como el día en que se los vio, por así decirlo, sostenidos a la entrada de los palacios de los Grandes sobre columnas de mármol y grabados sobre capiteles corintios.

Mientras las comodidades de la vida se multiplican, se perfeccionan las artes y se extiende el lujo; el verdadero valor se enerva, las virtudes militares se desvanecen y se trata también de la obra de las ciencias y de las artes que se ejercen en las sombras de un gabinete. Cuando los Godos arrasaron Grecia, sólo se salvaron del fuego las bibliotecas gracias a la opinión que alguien sembró, según la cual era necesario dejar a los enemigos bienes capaces de desviarlos del ejercicio militar y de divertirlos con ocupaciones ociosas y sedentarias. Carlos VIII se vio dueño de la Toscana y del reino de Nápoles sin casi sacar la espada; y toda su corte atribuyó esta facilidad inesperada al hecho de que los príncipes y la nobleza de Italia se divertían intentando ser ingeniosos y sabios mejor que ejercitarse, para llegar a ser vigorosos y guerreros. En efecto, dice el hombre sensato que narra estas dos anécdotas, todos los ejemplos nos enseñan que dentro de esta marcial civilización, y en todas aquellas que se le parecen, el estudio de las ciencias se adecua más a debilitar y afeminar el valor que a reforzarlo y fomentarlo.

Los romanos han confesado que la virtud militar se había apagado entre ellos a medida que empezaron a reconocerse en cuadros, en grabados, en jarrones de orfebrería y a cultivar las bellas artes; y como si esta comarca célebre estuviera destinada siempre a servir de ejemplo a los demás pueblos, la elevación de los Medicis y el restablecimiento de las letras han hecho sucumbir de nuevo y quizá para siempre aquella reputación guerrera que parecía haber recuperado Italia desde hacía algunos siglos.

Las antiguas repúblicas de Grecia, con la sabiduría que reinaba en la mayoría de sus instituciones, habían prohibido a sus ciudadanos todos los oficios tranquilos y sedentarios que, al apoltronar y corromper el cuerpo, enervan en seguida el vigor del alma. En efecto, pensemos con qué cara pueden afrontar el hambre, la sed, las fatigas, los peligros y la muerte hombres que el menor esfuerzo hace retroceder. ¿Con qué valor soportarán los soldados los trabajos excesivos a los que no están acostumbrados? ¿Con qué ardor efectuarán marchas forzadas bajo el mando de oficiales que ni siquiera tienen fuerzas para viajar a caballo? Que no se me objete el valor renombrado de todos los guerreros modernos tan sabiamente disciplinados. Me elogian su bravura en un día de batalla, pero no se me dice cómo soportan el exceso de trabajo, cómo resisten el rigor de las estaciones y las intemperies del aire. Basta un poco de sol o de nieve, basta la privación de algunas superfluidades para fundir y destruir en pocos días el mejor ejército. Guerreros intrépidos, soportad de una vez por todas la verdad que os es tan extraña; sois bravos, lo se; habríais triunfado con Aníbal en Cannes y en Trasimeno; con vosotros,

César habría pasado el Rubicón y esclavizado el país; pero con vosotros el primero no habría atravesado los Alpes y el segundo no habría vencido a vuestros antepasados.

Los combates no son siempre el éxito de una guerra y existe para los generales un arte superior al de ganar batallas. Uno puede correr hacia el fuego con intrepidez sin dejar de ser por ello un malísimo oficial: incluso en el soldado un poco más de fuerza y de vigor sería quizá más necesario que tanta bravura que no le guarda de la muerte; ¿y qué le importa al Estado que sus tropas perezcan a causa de la fiebre y el frío o a causa de la espada enemiga?

Si la cultura de las ciencias es perjudicial para las cualidades guerreras, todavía lo es más para las cualidades morales. Desde los primeros años, una educación insensata adorna nuestro espíritu y corrompe nuestro juicio. Por todas partes veo establecimientos inmensos donde se educa a los jóvenes costosamente para enseñarles toda clase de cosas, salvo sus deberes. Vuestros hijos ignorarán su propia lengua, pero hablarán otras que no se usan en ninguna parte; sabrán componer versos que comprenderán a duras penas; sin saber distinguir el error de la verdad, poseerán el arte de volverlos irreconocibles a los demás gracias a argumentos especiosos; pero las palabras magnanimidad, templanza, humanidad, valor, jamás sabrán lo que significan; el dulce nombre de patria nunca llegará a sus oídos; y si oyen hablar de Dios, será menos para temerle que para tener miedo de el4. Decía un sabio: preferiría que mi alumno hubiera pasado el tiempo en un frontón; al menos tendría el cuerpo más ágil. Sé que hay que ocupar a los niños en algo y que la ociosidad es para ellos el peligro más temible. ¿Qué es necesario que aprendan, pues? ¡He aquí, desde luego, una bonita pregunta! Que aprendan lo que deben hacer al ser hombres y no lo que deben olvidar.

Nuestros jardines están decorados con estatuas y nuestras galerías con cuadros. ¿Qué pensáis que representan estas obras de arte expuestas a la admiración pública? ¿A los defensores de la patria? ¿O a esos hombres más grandes aún que la han enriquecido con sus virtudes? No. Son imágenes de todos los extravíos del corazón y de la razón, sacados con mucho cuidado de la mitología antigua y presentados precozmente ante la curiosidad de nuestros hijos; sin duda para que tengan a la vista modelos de malas acciones antes incluso de saber leer.

¿De dónde nacen todos estos abusos, sino de la desigualdad funesta introducida entre los hombres por la distinción de los talentos y por el envilecimiento de las virtudes? He aquí el efecto más evidente de todos nuestros estudios y su consecuencia más peligrosa. Acerca de un hombre ya no se pregunta si es honrado, sino si tiene talento; ni acerca de un libro si es útil, sino si está bien escrito. Las recompensas se prodigan a los espíritus brillantes y la virtud queda sin honores. Hay mil premios para los discursos bonitos, ninguno para las grandes acciones. Que alguien me diga, sin embargo, si se puede comparar la gloria atribuida al mejor discurso de todos los que serán galardonados en esta Academia con el mérito del que instituyó el premio.

El sabio no corre detrás de la fortuna; pero no es insensible a la gloria; y cuando la ve tan mal distribuida, su virtud, que habría fomentado y hecho ventajosa para la sociedad un poco de emulación, languidece y se apaga en la miseria y el olvido. He aquí lo que, a la larga, debe producir en todas partes la preferencia por los talentos agradables sobre los talentos útiles y lo que ha confirmado completamente la experiencia desde la renovación de las ciencias y de las artes. Tenemos físicos, geómetras, químicos, astrónomos, poetas, músicos, pintores; ya no tenemos ciudadanos; y si todavía nos quedan algunos, dispersos en nuestros campos abandonados, donde mueren, indigentes y despreciados. Este es el estado al que han quedado reducidos, éstos son los sentimientos que obtienen de nosotros los que nos proporcionan el pan y dan leche a nuestros hijos.

Sin embargo, debo confesar algo: el daño no es tan grande como habría podido llegar a ser. La previsión eterna, al colocar al lado de ciertas plantas perjudiciales otras sencillamente saludables y en la substancia de varios animales dañinos el remedio para sus heridas, ha

enseñado a los soberanos, que son sus ministros, a imitar su sabiduría. Gracias a su ejemplo, del seno mismo de las ciencias y de las artes, fuentes de mil irregularidades, ese gran monarca, cuya gloria no hará sino adquirir de año en año nuevo esplendor, sacó las célebres sociedades encargadas a la vez del peligroso depósito de los conocimientos humanos y del depósito sagrado de las costumbres, por la atención que prestan a mantener en ellas toda su pureza y exigirla a los miembros que reciben.

Estas sabias instituciones reforzadas por su augusto sucesor e imitadas por todos los reyes de Europa servirán al menos de freno a las personas de letras que, al aspirar todas al honor de ser admitidas en las Academias, se vigilarán e intentarán hacerse dignas con obras útiles y costumbres irreprochables. De todas estas compañías, aquellas que, para los premios con los que honran el mérito literario, escojan temas capaces de reanimar el amor a la virtud en los corazones de los ciudadanos demostrarán que este amor reina en ellas y proporcionarán a los pueblos ese placer tan raro y tan dulce que es ver cómo se vuelcan las sociedades sabias para derramar sobre el género humano no sólo luces agradables, sino también instrucciones saludables.

Por lo tanto, que no se me plantee una objeción que no es para mí sino una nueva prueba. Tantos cuidados muestran perfectamente la necesidad de adoptarlos y no se buscan remedios a males que no existen. ¿Por qué es necesario que éstos contraigan por su insuficiencia misma el carácter de remedios ordinarios? Tantos establecimientos hechos para beneficio de los sabios están capacitados para imponerse sobre los objetos de las ciencias y para dirigir los espíritus hacia su cultura. Si consideramos las precauciones que se adoptan, parece como si hubiera demasiados labradores y que se temiera carecer de filósofos. No quiero aventurar aquí una comparación entre la agricultura y la filosofía: sería insoportable. Unicamente preguntaré: ¿qué es la filosofía? ¿De qué tratan los escritos filosóficos más conocidos? ¿Qué lecciones nos dan los amigos de la sabiduría? Cuando los escuchamos, ¿no se les tomaría por una tropa de charlatanes que gritan, cada cual por su lado, en una plaza pública: Venid a mí, sólo yo no engaño a nadie? Uno pretende que no hay cuerpo y que todo es representación. Otro, que no hay más substancia que la materia ni otro dios que no sea el mundo. Este nos adelanta que no existen las virtudes ni los vicios y que el bien y el mal moral son quimeras. Aquél, que los hombres son lobos y pueden devorarse con la conciencia tranquila. ¡Grandes filósofos! Ojalá reservarais estas lecciones provechosas para vuestros amigos y para vuestros hijos; recibiríais pronto su precio y no temeríamos encontrar entre los nuestros uno de vuestros sectarios.

¡Aquí tenéis a los hombres maravillosos a los que se ha prodigado en vida la estima de sus contemporáneos y reservado la inmortalidad después de muertos! He aquí las sabias máximas que hemos recibido de ellos y que transmitiremos a nuestra descendencia de generación en generación. ¿Acaso el paganismo, librado a todos los extravíos de la razón humana, ha dejado a la posteridad algo comparable con los monumentos vergonzosos que le ha preparado la imprenta bajo el reinado del Evangelio? Los escritos impíos de los Leucipes y de los Diágoras han muerto con ellos. Todavía no se había inventado el arte de eternizar las extravagancias del espíritu humano. Pero, gracias a los caracteres tipográficos6 y al uso que hacemos de ellos quedarán para siempre las peligrosas divagaciones de los Hobbes y Spinoza. Vamos, escritos célebres de los que no habrían sido capaces la ignorancia y la rusticidad de nuestros padres; acompañad hacia nuestros descendientes las obras todavía más peligrosas de las que se desprende la corrupcíon de las costumbres de nuestro siglo y llevad conjuntamente a los siglos venideros la historia fiel del progreso y de las ventajas de nuestras ciencias y nuestras artes. Si os leen, no les dejaréis ninguna perplejidad acerca de la cuestión que debatimos hoy: y, a menos que sean más insensatos que nosotros, alzarán las manos al cielo y dirán con el corazón lleno de amargura: «Dios todopoderoso, tú que tienes a los espíritus en tus manos, líbranos de las luces y de las artes funestas de nuestros padres y devuélvenos a la ignorancia, a la inocencia

Librodot

y a la pobreza, únicos bienes que pueden hacer nuestra felicidad y que tú consideras preciosos.»

Pero si el progreso de las ciencias y de las artes no ha añadido nada a nuestra verdadera felicidad; si ha corrompido nuestras costumbres y si la corrupción de las costumbres ha atentado contra la pureza del gusto, ¿qué vamos a pensar de la multitud de autores elementales que han apartado del templo de las Musas las dificultades que impedían su acceso y que había sembrado la naturaleza como prueba para las fuerzas de aquellos que se vieran tentados de saber? Qué debemos pensar de los compiladores de obras que han roto indiscretamente la puerta de las ciencias e introducido en su santuario a un populacho indigno incluso de acercarse a el; mientras que habría sido preferible que todos aquellos que no hubieran podido llegar lejos en la carrera de las letras se hubieran echado atrás en el umbral mismo y se hubieran lanzado al ejercicio de las artes útiles para la sociedad. Aquel que va a ser durante toda su vida un mal versificador, un geómetra subalterno, habría llegado a ser quizá un gran fabricante de tejidos. Los que la naturaleza destinó a tener discípulos no han necesitado maestros. Los Verulam, Descartes y Newton, preceptores del género humano, no los han tenido; Zy qué guías los habrían conducido hasta donde les ha llevado su vasto ingenio? Maestros ordinarios no habrían hecho sino menguar su entendimiento al encerrarlo en la estrecha capacidad- del suyo propio. Gracias a los primeros obstáculos han aprendido a esforzarse y se han ejercitado salvando el espacio inmenso que han recorrido. Si hay que permitir a ciertos hombres el librarse al estudio de las ciencias y de las artes, es a aquellos que tengan fuerzas para andar solos en su busca y para adelantarlas. A esta minoría corresponde levantar monumentos a la gloria del espíritu humano. Pero si se quiere que- nada se encuentre por encima de su genio es necesario que nada se encuentre por debajo de sus esperanzas. He aquí el único estímulo que necesitan. El alma se adapta insensiblemente a los objetos que la ocupan y sólo las grandes ocasiones hacen a los grandes hombres. El príncipe de la elocuencia fue cónsul de Roma y quizá el más grande de todos los filósofos, canciller de Inglaterra. ¿Es creíble que si uno de ellos hubiera ocupado únicamente una cátedra de cualquier universidad y el otro no hubiera obtenido más que una módica pensión académica, es creíble, digo, que sus obras no se habrían resentido por ello? Que los reyes no desdeñen admitir en sus consejos a las personas más capacitadas para aconsejarles acertadamente: que renuncien al viejo prejuicio inventado por el orgullo de los Grandes según el cual el arte de conducir pueblos es más difícil que el de ilustrarlos: como si fuera más fácil inducir a los hombres a hacer el bien por las buenas que coaccionarlos a ello. Que los sabios de primer orden encuentren asilos honrosos en sus cortes. Que obtengan de ellas la única recompensa digna; la de contribuir con su crédito a la felicidad de los pueblos a los que habrán enseñado la sabiduría. Solamente entonces se verá lo que pueden la virtud, la ciencia y la autoridad fomentadas por una doble emulación y trabajando unánimemente para la felicidad del género humano. Pero en tanto se encuentre el poder solo de un lado y las luces y la sabiduría solas del otro, pocas veces pensarán los sabios grandes cosas, pocas veces los príncipes harán cosas bellas y los pueblos seguirán siendo viles, corruptos y desgraciados.

En cuanto a nosotros, hombres vulgares a quienes el cielo no ha deparado tan grandes talentos y a los que no destina a tanta gloria, permanezcamos en nuestra oscuridad. No persigamos una reputación que se nos escaparía y que, en el estado de cosas actual, nunca nos devolvería lo que nos hubiera costado, aun cuando tuviéramos todos los derechos para obtenerlo. ¿Para qué buscar la felicidad en la opinión del prójimo si podemos encontrarlo en nosotros mismos? Dejemos a nosotros el cuidado de instruir a los pueblos en sus deberes y limitémonos a cumplir los nuestros, no necesitamos saber más.

¡Oh, virtud! Ciencia sublime de las almas sencillas, ¿hacen falta tantos esfuerzos y tanto aparato para conocerte? ¿Acaso tus principios no se encuentran grabados en todos los

corazones y no basta, para aprender tus leyes, con mirarse a sí mismo y escuchar la voz de la conciencia en el silencio de las pasiones? He aquí la verdadera filosofía, sepamos contentarnos con ella; y, sin envidiar la gloria de los hombres célebres que se inmortalizan en la república de las letras, intentemos poner entre ellos y nosotros la distinción gloriosa que se apreciaba antiguamente entre dos grandes naciones; una de ellas sabía hablar bien, la otra, hacer bien.

NOTAS AL DISCURSO SOBRE LAS CIENCIAS Y LAS ARTES

Primera parte

1-Los príncipes ven siempre con agrado el gusto por las artes y las superfluidades cuyo dinero exportado resulta no extenderse entre sus sujetos. Porque además de alimentar de esta manera la pequeñez de alma tan apropiada para la esclavitud saben muy bien que todas las necesidades que el pueblo se otorga constituyen tantas cadenas con las que se agobia. Alejandro, como quería que los Ictiófagos siguieran bajo su dependencia, les constriñó a renunciar a la pesca y a alimentarse con viandas comunes a los demás pueblos; y los salvajes de América, que van desnudos y que viven únicamente del producto de la caza, nunca han sido sometidos. En efecto, ¿qué yugo se podría imponer a hombres que no necesitan nada?

2- Me gusta -dice Montaigne- *refutar y discurrir, pero sólo con pocos hombres y para mí mismo. Porque servir de espectáculo a* los *Grandes y hacer alarde a placer del genio y de la*

verborrea que se posee es un oficio que sienta muy mal a un hombre de honor, según me parece. Pues es el oficio de todos nuestros genios, menos uno.

3- No me atrevo a hablar de las naciones felices que no conocen, ni siquiera de nombre, los vicios que reprimimos nosotros con tanto esfuerzo; de los salvajes de América cuya sencilla y natural civilidad Montaigne no vacila en preferir no sólo a las leyes de Platón, sino también a todo lo más perfecto que la filosofía pueda nunca imaginar para el gobierno de los pueblos. Cita muchos ejemplos sorprendentes para aquel que sepa admirarlos. ¡Vaya! -dice: ¡No llevan calzones!

4 De buena fe, que me digan qué opinión debían de tener los mismos Atenienses acerca de la elocuencia, cuando la alejaron con tanto cuidado del tribunal íntegro de los juicios, ante el cual ni siquiera apelaban los dioses. ¿Qué pensaban los Romanos de la medicina cuando la desterraron de su República? Y cuando un resto de humanidad llevó a los españoles a prohibir la entrada en América a sus hombres de leyes, ¿qué idea debían de tener formada acerca de la jurisprudencia? ¿Alguien podrá decir que creyeron reparar con ese único acto todos los daños que habían hecho a esos desgraciados Indios?

Parte segunda

[1] Se ve fácilmente la alegoría de la fábula de Prometeo; y no parece que los Griegos que lo clavaron en el Cáucaso pensaran de él cosas mejores que los Egipcios de su dios Teutus. «El sátiro, dice una antigua fábula, quiso besar y abrazar el fuego la primera vez que lo vio; pero Prometeo le gritó: Sátiro, llorarás por la barba de tu mentón, porque quema cuando se le toca.» Es el tema del frontispicio.

Cuanto menos sabemos, más creemos saber. ¿Los peripatéticos dudaban acaso de algo? ¿No ha construido Descartes un universo con cubos y torbellinos? ¿Y existe hoy incluso en Europa algún físico tan malo como para no saber explicar con osadía el profundo misterio de la electricidad, que constituirá quizá y para siempre la desesperación de los verdaderos filósofos?

[3] Estoy muy alejado de pensar que este ascendiente de las mujeres sea un mal en sí mismo. Es un regalo que les ha hecho la naturaleza para felicidad del género humano: mejor dirigido, podría producir tanto bien como mal hace en estos momentos. No vemos bien las ventajas que nacerían en la sociedad de una mejor educación prodigada a la mitad del género humano que gobierna a la otra. Los hombres harán siempre lo que guste a las mujeres: si queréis que lleguen a ser grandes y virtuosos, pues enseñad a las mujeres lo que es magnanimidad y virtud. Las reflexiones que proporciona este tema y que Platón ya efectuó en otro tiempo merecerían estar mucho más desarrolladas por una pluma digna de escribir según tal maestro y defender una causa tan importante.

4 Pens. Filos.

[5] Tal era la educación de los espartanos, según narra el más grande de sus reyes. Dice Montaigne: es cosa digna de gran consideración que en la excelente legislación de Licurgo, verdaderamente monstruosa en su perfección, tan cuidadosa con el alimento de los hijos, considerado como su carga principal, y en la morada misma de las Musas, se haga tan escasa mención a la doctrina: como si la generosa juventud desdeñara cualquier otro yugo y hubiera sido menester proporcionarle, en vez de maestros de ciencias como los nuestros, únicamente maestros de valor, prudencia y justicia.

Veamos ahora cómo habla el mismo autor acerca de los antiguos Persas. Platón, dice, cuenta que el heredero de su corona era criado de la siguiente manera. Después del nacimiento se le entregaba no a mujeres, sino a eunucos con autoridad de primera clase ante el rey, a causa de su virtud. Estos se encargaban de proporcionarle un cuerpo bello y sano y después de siete años le inducían a montar a caballo y a ir de caza. Cuando alcanzaba los catorce, lo ponían en manos

de cuatro: el más sabio, el más justo, el más moderado, el más valiente de la nación. El primero le enseñaba religión, el segundo, a ser siempre sincero; el tercero, a vencer la codicia; el cuarto, a no temer nada. Todos, añadiría yo, a hacerle bueno, ninguno a hacerle sabio.

Astiago, en Jenofonte, pide cuentas a Ciro de su última lección: ocurrió, dice, que en nuestra escuela, un niño mayor que tenía una saya pequeña se la dio a un compañero suyo más pequeño y le arrebató la suya, que era más grande. Como nuestro preceptor me hizo juez de esta diferencia, juzgué que había que dejar las cosas como estaban y que ambos parecían mejor aderezados en ese punto. Con lo cual me demostró que había hecho mal: porque me había detenido a considerar la conveniencia; y, en primer lugar, habría sido necesario hacer justicia, la cual exigía que nadie se viera forzado a renunciar a sus pertenencias. Y dijo que fue castigado como en nuestros pueblos se nos castiga por haber olvidado el primer aoristo de Mi regente necesitaría una bella arenga, *in genere demonstratiuo,* para persuadirme de que su escuela vale tanto como la descrita.

[6] Si consideramos los desórdenes horrorosos que ha causado ya la imprenta en Europa, si pensamos en el futuro a través del progreso que el mal hace de día en día, podemos prever con facilidad que no tardarán los soberanos en cuidarse de desterrar este arte terrible de sus Estados, con tanto arto ardor como el que gastaron en introducirla en ellos. El sultán Achmed había cedido a las inoportunidades de ciertas presuntas personas con gusto y había consentido el establecimiento de una imprenta en Constantinopla. Pero apenas se puso en marcha la prensa, se obligó a destruirla y a tirar sus instrumentos a un pozo. Cuentan que se consultó al califa Omar sobre lo que se debía hacer con la biblioteca de Alejandría y éste respondió en estos términos: Si los libros de esa biblioteca contienen cosas opuestas' al Corán, son malos y hay que quemarlos. Si sólo, contienen la doctrina del Corán, quemadlos también: son superfluos. Nuestros sabios han citado este razonamiento como el colmo de lo absurdo. Sin embargo, imaginad a Gregorio el Grande en el lugar de Omar y el Evangelio en el del Corán; se habría quemado también la biblioteca y habría sido sin duda el rasgo más grande de la vida del ilustre pontífice.